



Dignidad é impudencia.

Poseía un labrador un perro de ganado y un gosquecillo, los cuales moraban en el mismo nicho. El enorme perro, apoyado sobre sus robustas patas como un león, miraba pasar ante sí los hombres, los niños y los ganados con la calma de la fuerza; el gosquecillo al contrario, avanzaba arrogante su cabeza al menor ruido de pasos, gruñía desde que apercibía una sombra, y ladraba al primero que llegaba.

Un día, uno de los caballos de labor, que volvía fatigado, al oír con impaciencia sus gritos.

—Por qué, dijo, el vigoroso perro que nos guarda á todos se está allí tan reposado y tan tranquilo, en tanto que este imprudente no cesa de aturdirnos?

—No se admire de eso, respondió un buey que rumiaba á algunos

pasos del nicho, las verdaderas capacidades se recomiendan bastante por sus servicios sin tener necesidad de mover esos estrépitos; pero los necios inútiles arman escándalo porque no pueden hacer otra cosa.

¡Qué de hombres representan en esta vida el papel del gosquecillo!

Gritan porque no tienen la voz bastante fuerte, insultan porque se sienten menospreciados, enseñan los dientes porque tienen miedo de que los apaleen! La impudencia es la miseria de los débiles como el desden es la de los fuertes. Obsérvese bien, y en el fondo de todas esas insolencias sin pudor, se hallará solo el despecho de un impotente orgullo. Tengamos todos la estatura de Goliath y nadie volverá á erguirse sobre la punta de los pies.

27 DE ENERO DE 1850.

Bien sabemos que existe otro medio mas seguro: la resignacion modesta acepta la parte distribuida por Dios, se contenta con el lugar obtenido, se coloca en él sin promover el menor ruido. Pero no á todos les es dado obtener en esta vida ese don de abnegacion y de paciencia; para obtenerlo, es preciso desprender las miradas de las cosas de la tierra y buscar mas arriba un objeto que no depende del juicio de los hombres. Para el que mira la sociedad como una casa de comercio, cuyos intereses deben ser saldados con poder, con oro ó con placeres, no puede ser la vida sino una escuela de egoismo, de exigencias y de orgullo; pero el que acierta á mirar en ella una prueba, en la cual se revela el verdadero valor de nuestra alma, aquel se someterá sin murmurar al destino que le ha cabido, porque comprende que la gran ley del mundo es la abnegacion.

UNA CORRIDA DE TOROS EN LISBOA.

Then to the crowded, circus for they fare:
Young, old, high low, at once the same diversion share.
CHILD HAROLD'S PILGRIMAGE
CANTO THE FIRST. LXXI.

¿Cuál venerán á indomitos guerreros
en lances verdaderos
si estos sus jungs son y su alegría?
MORATIN (D. Nicolás.)

¿Por qué la pintoresca Lisboa, cuna encantada de Vasco de Gama y Camoes yace olvidada de nosotros ahí á orillas del Océano, de cuyas olas parece haber salido rica de mármoles y flores, como una ciudad de las *Mil y una noches*? ¿Por qué apartamos con desden los ojos de ese paraíso, que ha sido la mas rica joya de la corona de Castilla y que encierra las esperanzas de nuestra futura prosperidad? ¿Por qué esa reina del Tajo embellecida por la mano de Pombal y poetizada por el inspirado Almeida Garret, no ha tenido un Jouv que describiese sus costumbres, sus monumentos y sus jardines? ¡Ah! por lo que á nosotros toca, viene ya de muy antiguo y pasa de padres á hijos, cierta propension fatal á consumir nuestras fuerzas en empresas estériles, abandonando las útiles; y los Lusitanos no han cooperado menos activamente á esa indiferencia mutua, que nos aniquila, con sus hermosos y deslumbradores sueños de nacionalidad. La leccion que entramos hemos recibido ha sido amarga; ellos pasando á ser colonos del Reino Unido y nosotros descendiendo al último escalon en la gerarquía de las naciones europeas.

Estas reflexiones me sugirieron mas de una vez el pensamiento de describir, en una serie de artículos, esa corte tan alegre y tan risueña que algun dia me ha hecho parodiar aquellos versos de Boileau:

*Lisbonne est par un peuple un pais de cocagne,
Sans sortir de la ville il trouve la campagne.*

Y hubiera llevado á cabo mi propósito si no fuese demasiado atrevimiento escribir en ese género de literatura despues de Figaro y del Curioso Parlante. Sin embargo, no siendo la timidez y la modestia los defectos de los que hoy pertenecemos al proletariado de la pluma, resolví al fin á echar á volar este artículo que yo considero desde ahora como una astilla mas, arrojada en esa inmensa hoguera que vá consumiendo todas las obras de este siglo, y de cuyas cenizas tan raras elucubraciones realizarán en los tiempos venideros el fabuloso renacimiento del fénix.

Solamente debo advertir, por lo que pueda importar, que lo que voy á referir es un trasunto fiel y verdadero de lo que yo he visto y presenciado; y hago esta salvedad porque la fiesta de toros es uno de los cuadros mas difíciles y delicados para un pintor de costumbres, pues desde el famoso Rui Diaz de Vivar que alanceó los toros á caballo hasta nuestro contemporáneo el célebre Montes que conversa con ellos, han manejado ese asunto poetas, historiadores y filósofos con tal abundancia de datos y con tanta riqueza de invencion que es harto difícil imitarles.

Mi buena ó mi mala estrella quiso que al llegar yo á la corte de Maria de la Gloria fuese á hospedarme á una fonda donde vivia cierto literato llamado Dionisio Sousa Magallães Loureiro. Y antes de pasar adelante me permitirán mis lectores que diga dos palabras sobre la vida y milagros de esta notabilidad portuguesa, porque así conviene á la aclaracion de algunos pasajes de nuestra verídica historia. La envidia, la mordacidad y la calumnia han hincado su diente envenenado en la reputacion de Dionisio Sousa, así como en la de todos los que han despuntado en la república de las letras; pero yo, que á fuer de imparcial, doy al César lo que es del César, debo confesar que se asemeja en mas de cuatro cosas á muchos escritores justamente céle-

bres. Algunos desalmados periodistas, sabiendo que descende de un carnícero le han echado en cara su linaje, como si pudiera ser falta en él lo que nadie osó vituperar en Shakspeare: otros han creído injuriarle recordándole que habia sido lacayo, los cuales sin duda ignoraban que Rousseau ha llevado la librea de la condesa de Vercellis. Hubo quien se mofó de él porque es tuerto como Camoes y cojo como lord Byron, pero con tanta malicia que ni la triste figura de Juan Ruiz de Alarcon fué blanco de mas epigramas. Lo cierto es que á imitacion de Sofocles ha dado á la escena 120 tragedias, que por lo silvadas se parecen al Fedro de Racine: y aunque no faltó quien le acusara de plagiarlo y le calificara de loco, todos sabemos que tambien se ha dicho lo primero de Aristofanes y lo segundo de Cristobal Colon. Respecto á bienes de fortuna, pienso que no disfruta de sobraditas comodidades, pues si bien no tengo noticia de que haya sido preso por deudas como Bacon, en escasez de metálico y en abundancia de necesidades pudiera apostárselas al mismísimo Miguel de Cervantes Saavedra.

Sucedió, pues, que nos conocimos y que no tardamos mucho en estrechar nuestras relaciones, brindándose él con la galanteria proverbial de los hijos de su pais á servirme de Cicerone. Acepté el ofrecimiento, y empezamos nuestras observaciones por la plaza de toros, que por ser toda de madera me trajo á la memoria el abandonado hipódromo de esta corte. Al ver la animacion de la multitud apiñada en palcos y tendidos, me hubiera creído trasladado á Madrid ó á Sevilla, si la falta de la airosa mantilla en las mujeres y la pesada y larga capa que la sustituye no viniesen á desengañarme. Despues de tomar asiento en un banco bastante próximo á la barrera, lo que primero llamó mi atencion fué la ausencia de la clase artesana que en el Mediodía de España sacrifica el trabajo de un dia y el sustento de dos ó tres para asistir, como juez inteligente, á ese sangriento espectáculo que nos han legado los árabes. Rompió la orquesta con el himno de Riego, cuyas notas hacen siempre latir con violencia todo corazón español; y aquí debo referir de paso una circunstancia curiosa y significativa que mas tarde he advertido, no sin asombro, en los teatros de San Carlos, de Maria II y del Gimnasio. En tanto la música toca ese himno, el público todo, sin distincion de sexos, se pone en pié. Singular homenaje tributado á las instituciones que simboliza y á la nacion humillada en Aljubarrota! Esta costumbre, que nos revelaba las simpatías del pueblo Lisbonense, habrá sido probablemente abolida con la reaparicion en el poder del conde de Thamar.

Cesó la música, sonaron los timbales, y la cuadrilla formada entró en el circo, segun antigua usanza, á saludar al presidente. Sorprendíame el ver una mula ricamente enjaezada y conducida por dos negros, y tuve mucha curiosidad de saber lo que contenian dos cajones largos y estrechos que sobre sus lomos sustentaba. Afortunadamente presto salí de la duda, porque el señor Sousa que sin duda comprendió mis deseos, se apresuró á decirme que ninguna de aquellas cajas era la de Pandora sino simplemente dos arcaas llenas de regiones y banderillas. En efecto el que presidia la fiesta arrojó una llavecita á la plaza, y las misteriosas urnas fueron abiertas y desocupadas en presencia de todos. Retiráronse nuevamente negros y lidiadores, quedando solo y dueño del circo un ginete vestido á la antigua española, que nos entretuvo muy cerca de tres cuartos de hora haciendo saludos en todas direcciones. Montaba un gallardo alazan, de cabeza pequeña y erguida, ancho pecho y larga cola. Acostumbrado como estoy á ver en las corridas de mi pais cuartagros tan ruines que no los quisiera un gitano, estrañóme que así espusieran la vida de aquel precioso animal; y creció de todo punto mi asombro, cuando oí las siguientes palabras que con cierto énfasis me dirigió mi Cicerone.

—Ese potro pertenece á las caballerizas de S. M. el rey Fernando.

—¿Pues qué! repuse yo, ¿en tan poca estima tiene el rey sus caballos?

—Eh! se conoce que no ha visto V. lidiar á nuestros toreros. Ese caballo no corre el menor peligro guiado por tal ginete.

—Sin embargo, repliqué, esta es una funcion bárbara, y el que dirige el estado, ya que no pueda prohibirla no debe ser el primero á sostenerla.

—Que eso diga un español, me contestó precipitadamente, es cosa que yo no acierto á explicarme. La tauromaquia ha sido ejercida en Castilla, hasta hace muy poco tiempo, por la nobleza que la consideraba como un medio de poner á prueba los ánimos esforzados, y no degeneró en entretenimiento vil y deshonroso sino por haberse convertido en oficio de gente ruin y villana. Don Fernando Pizarro no fué menos admirado de sus contemporáneos por rejonador valiente que por conquistador del Perú: el duque de Medinasiona mató, en celebracion de las bodas del imbecil Carlos II, dos toros de dos rejonazos: el emperador Carlos V mató otro de una lanzada en la plaza de Valladolid, y Felipe IV luchó con ellos en distintas ocasiones.

Aquí llegaba con su disertación el bueno de Sousa Magallanes, cuando un clamoreo universal nos advirtió la entrada en la plaza de un toro pequeño, corni-abierto y embolado pero tan ligero y acometedor que parecía salamanquino. Quedó suspenso el concurso, púsose en guardia el ginete lidiador y todos los ojos se fijaron en él: salir al encuentro á la fiera disparada, clavarle el rejon en la cerviz quedándose con la mitad en la mano y sacar el caballo de entre las astas ileso y piafando, fué todo obra de un segundo. Recibió otro rejon de manos de un negro, y el toro bramando de ira y bañado en sudor se emplazó: inclinó el hocico hasta la arena, escarbándola y arrojándola sobre la espalda con su ardiente resoplido y se retiró algunos pasos encarado siempre al caballero que, aburrido de tanto esperar, emprendió un medio galope sobre el costado derecho y le clavó el segundo rejon con igual maestría y acierto. Resonó un aplauso general y prolongado; y Sousa Magallanes que no era de los que con menos entusiasmo palmoteaban, exclamó lleno de orgullo:— Qué tal! no decía yo bien que el caballo no correría ningún peligro? Yo lo creo! como que quien le monta sabe de cabo á rabo las reglas de torear escritas por el caballero don Santiago Bonifaz, tiene en la punta de la lengua las advertencias para torear que publicó en Madrid á últimos del siglo XVII don Gregorio de Tapia y Salcedo, caballero de la orden de Santiago, y no falta quien asegure que posee el único ejemplar, existente hoy en el mundo, de las reglas de torear compuestas por don Diego de Torres.

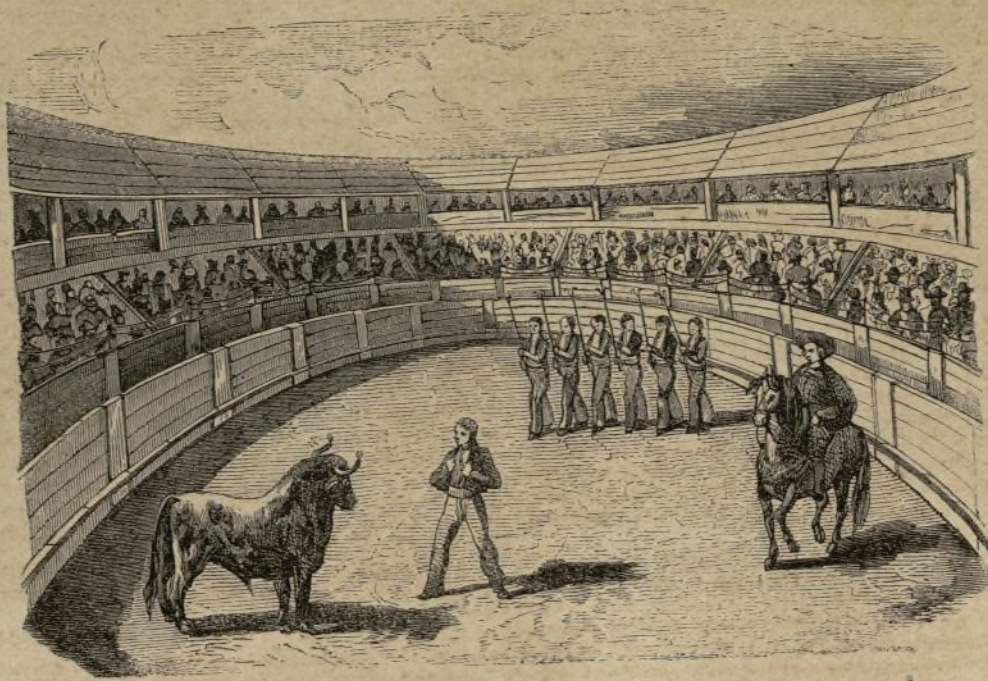
Iba yo á contestar á mi interlocutor cuando se lanzaron al circo algunos banderilleros que á tiro de ballesta revelaban ser españoles y de la tierra de María Santísima: con lo cual está dicho todo, y de sobra se entiende que cargaron de leña el vicho á su sabor. Concluida esta suerte, vimos algunos toreros irse colocando en dos filas al pie de la barrera, armados con picas muy parecidas á las horquillas que aquí se usan para conducir los santos en las procesiones. Divisólos el toro, y ciego y enardecido con el punzante dolor de las banderillas acometió

aquella pequeña muralla de picas, que permaneció inmóvil como si fuera de hierro: retiróse para cobrar mayor impulso y arremetió segunda vez con tal furia y tenacidad que los del grupo se vieron precisados á tomar el olivo dejando sobre el campo sus armas abandonadas. En aquel momento se oyó un grito unánime que se alzó de todos los asientos como una sola voz: ¡á uña! ¡á uña! Yo que soy un tanto aficionado á todo lo que sea gresca y alboroto, uní toda la fuerza de mis pulmones al tumultuoso coro para repetir con la multitud ¡á uña! pero por mas que cavilaba no comprendía el significado de tales palabras. Pregunté á mi amigo Sousa lo que el público quería, y qué era lo que demandaba con tan descompuestas voces.

—Lo que el público pide, me respondió, es una suerte jamás vista en España, y bastante para acreditar el valor de los nunca vencidos portugueses: suerte que consiste en luchar cuerpo á cuerpo con el toro, sin otras armas que las naturales, hasta derribarle. Ve V. ese hombron de pantalón y chaqueta de tela listada, faja á la cintura y pecho descubierto? pues es un nuevo Theseo que va á vencer á ese Minotauro, sin tener otro hilo de Ariadna para salir de tan intrincado laberinto que sus puños y sus piernas.

Parecióme algo brutal el pugilato, y sin embargo me guardé de contestar una sola palabra porque temi, con sobrada razón, que habría de lastimar el orgullo nacional del señor Dionisio Sousa, Magallanes Loureiro. Este género de espectáculos, pierde en barbarie en proporción que el hombre entra en la lucha haciendo uso de su superioridad intelectual. Los indios del Orinoco lidian con los caimanes pero esperando vencerlos á fuerza de destreza y sagacidad. Pelear con una fiera, cerrados los ojos y confiando únicamente en el valor es equipararse á ella. Montes ha dicho en su *taurromaquia* que un lidiador que practica las reglas del arte, no puede ser cogido; y esta es la mejor defensa que cabe hacer de las corridas de toros.

En efecto, el que Magallanes calificó de nuevo Theseo salió al medio del circo llamando con voces y palmadas al toro: este le observó



Una corrida de toros en Lisboa.

algunos segundos, acometiéndole en seguida con tal brio que todos le hemos creído muerto. Grande fué mi sorpresa al ver entre una nube de polvo, columpiarse fuertemente asido de las astas al temerario lidiador. El bruto sacudió su cabeza con una violencia tal que bastaría para levantar veinte arrobas del suelo, sin desprender de sí á su enfurecido adversario: emprendió la carrera sin dirección fija, y después de algunos minutos logró echar por tierra su molesta carga, escitando un aplauso general de la multitud que parecía complacerse en la agonía del malparado torero. Cerré los ojos horrorizado, haciendo voto solemne de no asistir otra vez en mi vida á tan feroz diversión, á tiempo en que Sousa que había notado mi emoción se expresaba así:— No es este el primer pueblo que rinde homenaje á ese cuadrúpedo: en Egipto se adoró á Apis bajo la forma de un toro. Y el animalito que V. ve ahí se merecía mucho mas: cuando llevaba

á aquel gandul en las astas se asemejaba á Júpiter robando la hija de Agenor.

Tales desatinos hicieronme sonreír y fijar los ojos nuevamente en la fiera, entonces rodeada por todos los que momentos antes, la habían detenido con sus picas al pie de la barrera. ¿Habeis visto alguna vez un toro acosado por media docena de perros que se cuelgan de su cuello, de su cola y de sus orejas, y le fatigan hasta derribarle? pues esa es la sutil suerte que aquellos hombres hicieron, y la que piden los lisboenses al gritar ¡á uña! Cuando al animal perseguido, golpeado y mordido le faltaron sus ya flacas y desmayadas fuerzas, dejóse caer lentamente en medio de los alaridos de aquellos salvajes y de la gritería del público. La fuerza bruta de los diestros había superado á la del toro; ¡y tamaño triunfo bien merecía ser celebrado por un pueblo culto! Ah, exclamé yo, Jovellanos no ha

escrito exclusivamente para España su *Pan y toros*! No obstante, es justo confesar que las corridas de toros en Portugal son menos repugnantes que en nuestro país. Jamás se ofrece á la vista del espectador el horrible y asqueroso cuadro de un caballo que al galopar arrastra y pisa sus propias tripas. Jamás se mancha con sangre la arena; lo cual bastaría para hacer mas tolerable entre nosotros esa bárbara diversion, porque las costumbres de un pueblo habituado á presenciar escenas sangrientas se endurecen y pervierten.

Salió luego otro toro: volvieron á rejonearle y á ponerle banderillas y á echarle la *uña*; y así prosiguió la fiesta sin mas novedad que la representación de algunas pantomimas muy comunes en nuestras corridas de novillos. Recuerdo que se colocó un columpio en medio del circo con cuatro caballos de carton; sobre los cuales montaron otros tantos negros armados de largas picas, y que en seguida se soltó un toro, siendo consiguientes los saltos y los sustos y las cogidas, que tanto escitan la risa de las gentes, y que son, por decirlo así, la sal de estas inocentísimas funciones.

Ultimamente, y cuando ya la noche se aproximaba, hubo sus fuegos artificiales, que se van convirtiendo en un final obligado de todas las corridas, lo mismo en el reino vecino que en el nuestro.

A todo esto mi Cicerone no dejaba de hablarme, trayendo por los pelos algunas comparaciones mitológicas, citando trozos de Homero, y ensartando en fin tales sandeces que creo hacer un obsequio á mis lectores en no referirselas. Por otra parte como es probable que otra vez aun volvamos á ocuparnos de él, ocasion tendremos de oírle hasta la saciedad.

A. ROMERO ORTIZ.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

PROLOGO INTERCALADO.

Tanto nos entretuvo el pasado cuento, que por aclamacion decretamos emplear las tardes todas de la misma manera que las tres anteriores. Rióse don Antonio de corazon de la idea; mas no por eso dejó de aceptar la presidencia de nuestra *sociedad de las consejas*, que así la apellidamos desde entonces, y aun de exigir con escrupulosa severidad las libras de dulces que, por via de multa, se imponian á los socios, cuando, sin razon conocida ó con pereza notoria, faltaban á la reunion, ó dejaban pasar largo tiempo sin dar alguna muestra de su talento como narradores. Hiciéronme á mi secretario, cargo pesado en toda asamblea, y mas en aquella, pues era de mi obligacion llevar cuenta con el orden en que á cada cual tocaba hacer su relacion, amen de tomar nota y redactar las anécdotas y cuentos que la mayoria juzgaba dignos de memoria; pero confieso que llevaba con paciencia aquel trabajo, con tal de eximirme del de contar yo tambien mis cuentos, tarea que me agradaba mucho menos que la de oír con atencion los de mis amigos. Tal es el origen de la serie de estudios sobre las costumbres españolas que me propongo publicar, y á que he dado principio con el que los lectores supongo conocen ya. Una palabra, y termino este parralfo de prólogo: siempre que crea necesario referir algunos de los diálogos que entre nosotros mediaron, me contentaré con indicar el nombre de los interlocutores, como en los dramas se hace, evitando así la eterna repeticion del dijo fulano, respondió, replicó, repuso citano, etc., etc.; *item mas*, cuando tambien mi persona intervenga en la conversacion, llamaréme el redactor; y con esto, amados lectores, proseguid si os place, y en caso contrario avisad, para que ni vosotros ni yo perdamos el tiempo.

¡Cuando el rio suena!

I.

ENTRADA EN EL MUNDO.

Don Diego. ¡Cuando el rio suena!..... Yo no digo que la opinion pública sea infalible; pero pocas veces dejan de tener fundamento sus juicios sobre las personas.

Don Antonio. La opinion pública exagera, no pocas veces, así lo bueno como lo malo.

Alfonso. Y lo peor del cuento es que suele el público acabar por salirse con la suya en lo malo que de un sugeto dice, si en ello se obstina.

Don Diego. Eso digo yo: cuando el rio....

Alfonso. No señor, no es eso lo que quiero decir.

Don Diego. Amigo, Vd. hace conmigo lo que el raton de la fábula con el gato; y dice despues de haber alabado una prenda: «¡Olá! ¿La tienes tú? Ya no me gusta.»

Estamos diciendo las mismas palabras; y, sin embargo, ¡pretende Vd. que no vamos conformes!

Don Antonio. Señores, no haya disputa ó intervendrá el presidente.

Alfonso. No permita el cielo que haya disputa entre nosotros, no señor; pero, en efecto, no nos hemos entendido, porque....

Don Diego. Porque soy yo quien hablo.

Alfonso. No tiene V. razon en creer tal de mi buena amistad....

Don Antonio. Basta, señores, basta; que se hace tarde, ¿A quién le toca hoy el turno?

El Redactor. A don Alfonso.

Don Antonio. Pues manos á la obra, Señor oficial.

Alfonso. De buena gana, aunque no sea mas que para probarle al señor don Diego que mi opinion sobre la materia que discutiamos, estaba formada antes de oír la suya; y que por consiguiente....

El Redactor. Al cuento, al cuento....

Alfonso. Sea pues.

Y en efecto, tomando asiento en un sillón, que al lado de la chimenea y en frente al de nuestro don Antonio se le reservaba siempre al orador, comenzó Alfonso á decir, con mas señales de ruboroso embarazo que de su profesion y carácter pudieran esperarse:

«Voy á referir sucesos en que he sido actor principalísimo; así pues, verdad por lo menos habrá en mi narracion. Los nombres propios son los únicos que alteraré, y ruego á aquellos de los presentes que reconocieren á alguno de mis personajes, á pesar del disfraz con que deseo encubrirlos, que me guarden secreto.

—«Cuando salí de la casa de pages de S. M. á la edad de 18 años, no cumplidos, servia en el mismo regimiento de caballeria ligera á que fui destinado, y en clase de capitán como yo, un caballero madrileño, persona de tan buen parecer como equívoca reputacion. Esto, sin embargo, requiere explicarse. D. Carlos, que así se llamaba, era de gallarda figura y agradable rostro, si bien un cierto aire, entre burlo y desdeñoso, hacia que desde luego se le mirase con desconfianza; gustaba mucho, mas no tenia deudas, porque su patrimonio era cuantioso; jugaba, pero por placer, no por interés, pues, en efecto, cuando perdía no se picaba, y sus ganancias, sobre ser raras, mas eran para la turba parásita que en los gazapones vive del *alabo*, que para su bolsillo. Su valor era conocido, y su generosidad no dudosa. Si añado que, como oficial, era irreprochable, y como capitán, daba con su compania ejemplo á todas las del cuerpo, me preguntarán Vds. señores, por qué dije que su reputacion era equívoca. No sé en verdad qué responder; mas procuraré explicar á Vds. ese enigma, en el relato que me propongo hacerles. Al llegar al regimiento fui, como era de mi obligacion, á presentarme á su coronel, respetable veterano, que desde la clase de cadete habia subido escalon por escalon, y ganado cuchillada á cuchillada todos sus empleos; y que, por consiguiente, no podia menos de recibir con cierta prevencion á quien, como yo, entraba en la carrera con una graduacion que á los veinte años de servicio era aun para él una esperanza.

Sin embargo, como le hablé con todo el respeto debido á sus galones, y con la deferencia que sus honradas canas me inspiraban, á la media hora de conversacion renunció aquel generoso militar á sus preocupaciones; y aun acabó por tratarme con paternal ternura. Parece que V. es dócil, — me dijo al despedirme, — y no trae la cabeza tan llena de viento como la han traído otros señoritos de Madrid que tengo en el regimiento: mas vale así. Supongo que le habrán enseñado á V. la ordenanza... ¿Sí? pues entonces con observarla estamos del otro lado. Allí está todo, todo; y el que la sabe bien y la obedece exactamente, no necesita mas retóricas para ser buen oficial.... Ahora habrá dinerillo fresco, ¡eh! cuenta con el juego, caballero, cuenta con el juego: va V. á administrar los caudales del Rey... — ¡Mi coronel! — repuse yo, mas encendido que una grana. — Bien, bien, — prosiguió el veterano; — torres mas altas han caído; y alguna vez el pan del soldado... Cuenta con el juego, digo: allí se empieza por dejar la piel y se acaba arrancándosela á los demás. Otra cosa. ¿A V. le gustarán las hijas de Eva? Vamos, yá se nos ruboriza la doncellita con charreteras: no hay para tanto; á todos nos han gustado. Portarse con ellas como hombre de bien: hablarles claro al principio, y luego no tendrán de que quejarse, si no hay *casaca*. Cuideme V. los caballos de su compania: eso antes que todo. ¿Estamos, señorito? En punto á amistades, pocas. Ea, á correrla.... Pero, oiga V.: no todos los oficiales del regimiento son buenos para tratados con intimidad... En el servicio no tengo amigos, fuera de él, soy uno de tantos, un compañero. A mas ver... — He repetido esa prolija arenga porque pinta al hombre; y porque tanta

impresión me hizo lo que relativamente á los oficiales del regimiento me dijo el bueno del coronel, que al salir de su casa, me fui en derecha á la del otro capitán (Mendoza le llamaremos), á quien mi familia me había recomendado, moviéndome mas que el deseo de verle, el de que me explicase las enigmáticas palabras de nuestro jefe.

—Lo que el coronel ha dicho á V., —contestó Mendoza á mi pregunta, — alude indudablemente al capitán don Carlos de Sotopardo, de quien se apartan todos sus compañeros en cuanto pueden sin desairarle, cosa que á mi entender no consentiría él. — ¿Pero y por qué se apartan? — pregunté. — Porque... Yo acabo de llegar al cuerpo puede decirse, y difícilmente se lo explicaré á V.. Todo lo que he observado se reduce á que don Carlos no se intima con los demás oficiales; se burla, ó tal parece, del género humano; tiene á cara descubierta vicios que otros ocultan cuidadosamente; cree poco en la virtud de los hombres, menos en la de las mugeres, y desprecia soberanamente la opinión pública. En el cuerpo de guardia no se le ve mas que cuando está de servicio; en el paseo siempre solo; en las tertulias las mugeres, cuya edad pone su reputación al abrigo de toda mancha, ó aquellas que tienen tantas en la suya que una ó dos menos les importa poco, son las únicas que con él pasan del saludo indispensable. En el juego es espanto de tahures, protector de novicios, y amparo de arruinados; pero las pocas veces que gana lo hace con tal extremo de fortuna, mira con una insolencia al banquero si apunta, á los puntos si talla, que realmente provoca y hasta insulta con los ojos. Por fin, la sala de armas está desierta el día en que don Carlos toma el florete ó el sable, porque, sobre no tener rival en ninguna de las dos armas, á los cinco minutos de tirar se inflama y acalora de suerte que una coraza bastara apenas para resistir sus reiterados y furibundos golpes. No hay potro cerril que no domén sus piernas, ni baratero que no le tiemble, y en resumen á fin de que V. comprenda cual es su posición en el cuerpo, le diré que para distinguir á Sotopardo de mí, que también tengo el nombre de Carlos, le llaman á él *el Carlos el malo*. Confieso que no comprendo gran cosa del origen de esa denominación poco grata. A decir verdad, yo creo que las señoras son los principales enemigos de don Carlos, quien las tra-

ta en general con tan poco acatamiento, que acaso justifica su odio. — ¿Y V. como está con él? — Ni bien ni mal; nos saludamos cortemente, y aquí paz y después gloria. Soy casado, circunstancia que me aísla hasta cierto punto de mis compañeros; y por otra parte mi mujer... pero aquí la tenemos y ella dirá á V. lo que hay en el particular. »

Entró en efecto en la sala donde estábamos la mujer de Mendoza, señora tan linda como amable, de finos modales y mucho de eso que hemos dado en llamar *mundo*, y pudiera traducirse por costumbre de tratar gentes. Luego que su marido me presentó á ella diciéndole que iba recomendado por mi madre que era muy amiga de la suya, añadió: — Hablábamos Matilde, de Sotopardo. ¿De don Carlos el malo? — preguntó la dama; y luego dirigiéndose á mí: — ¿Cómo! ¿Ya le conoce V.? — No señora, — respondí; — pero deseaba saber... — Es cuento largo, amigo mío, muy largo. ¿Y viene V. recomendado á él? — No señora. — Lo celebro, porque sería relación peligrosa para un joven que entra en el mundo. — Vamos, Matilde, vamos, — interrumpió Mendoza; — esa es mucha severidad. — ¡Los hombres siempre defendiéndose unos á otros: ¡si hiciéramos nosotros lo mismo! — ¡Ay de nosotros! — exclamó el marido. — ¿Quién viviría tranquilo si la liga entre dos mugeres pudiera durar un mes siquiera? — Bien, bien, de eso hablaremos en otra ocasión; pero ahora, lo que importa es que el señor, pues que es hijo de una amiga de mamá, y como tal tiene derecho á nuestra amistad esté prevenido; don Carlos es un hombre peligroso para un joven; y sería lástima ó que pervirtiese al señor, ó que presentándole en la sociedad bajo sus auspicios, le hiciera pasar como su pupilo ó cosa así. Y le advierto á V. que no hay cosa que tanto le guste como el darse aires de pedagogo (aquí la sangre se me subió al rostro, porque entonces solo contaba 18 años de edad). V. no es un niño, — continuó la diestra oradora; — pero él tiene maña bastante para persuadir á las gentes de lo contrario... Luego debo añadir que ninguna muger decente quiere escuchar media hora á un amigo de Carlos el malo. ¡Jesus, Dios me libre! »

(Se continuará)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZARRILLA

Y

D. JOSE HERBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Escuchábala embebido
Con intensísimo gozo
El aventurero mozo
De su entreabierto balcón
Sin reparar de la noche
En el insano rocío,
Y en el aire húmedo y frío
Propio aun de la estación.

Escuchaba él y seguía
De sus armónicas frases
Los melodiosos compases
Y maestra ejecución:
Y cuanto mas escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creía engañado
Por una vana ilusión.

Escuchaba, y comprendía
Mas claro á cada momento,
Que aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonías
Y poesía galana,
De una garganta villana
No se podía lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla
De los campos de Castilla
Rouco entona el labrador:
No es esa la endecha tosca
Que alza en la fiesta campestre
El labriego, al son silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina

Que vibra, gorgoea y trina
Con limpieza sin igual;
Canto profundo, inspirado,
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el caminante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna
Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusión;
Parece un himno celeste
Por un ángel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las harpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embebecido lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresión:
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,
Que al impulso repentino
De curiosa imprevisión:

Abrió el balcón entornado,
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió la necia ambición:
Por que notando sin duda
Su presencia impertinente
Cesó repentinamente
La misteriosa canción.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,
El pensamiento ocupado
Con la música que oyó.
Y tras de inquieto desvelo
Que agitaron alhagueñas
Mil imágenes risueñas,
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo día
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo, conocido,
Que á llamarle venía.
El mozo de la cama saltó al punto,

Y entrándose en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,
Al mancebo gentil tendió la mano:
Plática tal los dos entreteniéndolo.

EL VIEJO.

Acaso no habrá sido
Tan comodo mi lecho
Como en el que á dormir estareis hecho
Mas en fin; como en él habeis dormido?

EL FORASTERO.

La dulce paz y hospitalario techo
Señor, de vuestra casa
Solo comodidades me ha ofrecido

EL VIEJO.

Perdonad que en estancia semejante,
De la parte que habito tan distante
Os haya así alojado;
Que el edificio está tan mal tratado
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.

EL FORASTERO.

Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro
Que noche no gocé tan deliciosa:
Y el aposento hallé de tal manera
Que si preciso caso me obligara
Esta casa á habitar, yo os suplicara
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.

EL VIEJO.

Sin que ese caso y precisión viniere
Yo os le ofrezco de grado:
Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado.

EL FORASTERO.

No plazca á Dios, que por antojo mío
Molestia os ocasione:
Yo os lo agradezco, pero parto.

EL VIEJO.

Fio

Que si á emprender volveis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedaje,
No olvideis que aquí siempre teneis uno.

EL FORASTERO.

Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio
De este antiguo palacio
Recuerde alguna vez el viaje mio.

EL VIEJO.

Si, á fé! Mas el almuerzo preparado
Nos aguarda.

EL FORASTERO.

Y Brillante impacientado
Tambien el suyo aguardará.

EL VIEJO.

Servida
Le fué ya su racion.

EL FORASTERO.

¡Tanto cuidado!

EL VIEJO.

Obligacion no mas de huésped. Ea!
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creo:
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al camarín vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron.

CAPITULO V.

Despedida.

Una hora despues y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,
Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella
De este modo habian trabado
La conversacion postrera.

EL VIEJO.

¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebro
Un viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis
En la amistad cuando empieza.
Y en los viajes como es justo
A la ida y á la vuelta.
Con que así llegad el vaso
Y vaciemos la botella
Ultima de tostadillo
Que dió de sí la bodega.

EL FORASTERO.

Por mí, buen anciano, os juro
De buena fé, que quisiera
Que la amistad que hoy tramamos
Fuera entre las dos eterna.

EL VIEJO.

Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia.

EL FORASTERO.

Dios os la guarde señor
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.

EL VIEJO.

Solo uno, si no le logro
Amargará mi hora estrema,
Que es dejar la hija que tengo
Niña, sin estado y huérfana.

EL FORASTERO.

Señor no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,
Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza
En ocasion semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
A prometeros, que mientras
Respire Don Pedro Tellez

Y tener con honra sepa
Un techo que le cobige
Y un doblon que lo mantenga
No faltará á vuestra hija
Si otras mejores no encuentra,
Ni casa en que viva honrada,
Ni espada que la defienda.

EL VIEJO.

¡Que os tome Dios vuestra noble
Generosidad en cuenta
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda
A unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.

D. PEDRO.

Decid.

EL VIEJO.

—Creo que digisteis
Que simpatia secreta
Vuestra alma hacía mi atraia;
Y yo de la mia en prueba
Quiero que sepais que tengo
Tal fé en la hidalguia vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte
Para encomendarle de ella.

D. PEDRO.

Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la eleccion muy pronta
Y acaso no esté bien hecha.

EL VIEJO.

¡Oh! quien vivió tanto tiempo
Como yo, tiene esperiencia
De que rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy seria,
Y hemos pasado los límites
Acaso de la prudencia.
De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza,
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.

D. PEDRO.

Y al menos habrá la mia
Servido de daros muestra
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya que como habeis dicho
Satisfecho en esta aldea
Vivis con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos
Para que os traiga en mi ausencia
A la vuestra mi memoria,
De mi amistad una prenda.

EL VIEJO.

Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra casa y nuestra mesa.
Y por lo que á prendas toca
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedaje
A pagar de esa manera.

D. PEDRO.

¡No por Dios! Digeos el nombre
De mi casa solariega,
Digeos quién soy y que gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os he el desquite
De este hospedaje, en adversa
Ocasion, si así os pluguiere:
Mi paga pues ha sido esa.

EL VIEJO.

¡Oh de ese modo explicándolo!

D. PEDRO.

No dudo de que os convenza.

EL VIEJO.

Efugios son cortesanos....

D. PEDRO.

Lo serán, muy norabuena.
Mas como tienden á hacer
Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar en gracia
Del buen intento que llevan.



Tanto mas, cuanto que en vos
No empleándose la prenda
Que os quiero dejar aquí.
Si no en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva
Si no tributo parezca;
Que en aras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda.
Y por fin como algun día
Decis que acaso suceda
Que sin vos (y á Dios no plazca,
A ampararse de mi vengas:
No es demás que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligación y mi deuda.

EL VIEJO.

Tanta es vuestra cortesía,
Caballero, al ofrecerla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desatención grosera.

D. PEDRO.

Con este permiso pues,
Tendedme niña modesta
La hermosa mano en que os deje
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Si no por estar en ella.

Y así diciendo D. Pedro
Tomola una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola.
Tiñó el carmin de la rosa
Las megillas de azucenas
De Flor-del-Alba: quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
D. Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

EL VIEJO.

Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa

Dar otra á aquel de quien viene

D. PEDRO.

Mas será á mi ver ofensa
Que ella rehuse aceptarla
Por prestaros obediencia.

EL VIEJO.

Si á ofensa habeis de tomarlo,
A elección de Flor se queda.

FLOR-DEL-ALBA.

Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta.
Mas tiene razon mi padre,
Pues ha de ver con vergüenza
Que no pude yo pagarosla
Con otra que digna fuera
De la que me dais.

D. PEDRO.

Escusa

Buscado habeis bien pequeña.
El mas mínimo favor
De una hermosura, no hay prend
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en muestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,
Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que antes perderéis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me dais verde
Las caídas hojas secas.

Y aquí el mancebo galán,
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta:
Mas ya basta: avanza el día,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empeñan.

Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Daba al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el soto atravi esa
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, y sobre su senda,
Recogió al potro la brida
Y levantó la cabeza;
Mas cuando vió la ventana
Sintió cerrar sus vidrieras.
Bajóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detrás de ella
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas.
Al generoso bridon
Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantinela,
En meditacion profunda;
Y su imaginacion inquieta
Con los lances de la noche
Y del día, andando á vueltas,
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera,
Y desapareció perdiéndose
Del soto entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I.

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un día tras otro
Pasándose vá.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrio silencio
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil que-haceres
Domésticos dan,
Los días enteros
Volviendo á pasar
Cual flor conservada
En fuerza de afán
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años há
Rodea el palacio
Do ocultos están
El viejo y su hija
Sin que hagan jamás
Mas viaje que á misa
El día al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no vá
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan solo el lugar
Los días de fiesta
Cuando al templo vá.
Do quiera y con todos
Eterna é igual
Conserva severa
Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado;
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,
Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar.
O á pedir remedio,
Que en urgencia tal



SEVERINA.

Sin ser socorrido
Volviera pié atrás.
El viejo con todos
Atento y cordial,
Los males ajenos
Diestro en aliviar.
Siempre era él el árbitro
Juicioso y capáz
De hacer las discordias
A todos cesar.
Y pobres y tristes
De su caridad
Van en sus desdichas
Consuelo á buscar.
Acaso no hay uno
Que á solas y allá
En su alma no piense
De aquel hombre mal;
O envíe su suerte
Su tranquilidad,
O le odie porque hace
Su suerte ignorar;
Pues siempre la humana
Condición fué tal.
Mas todos le acatan,
Y todos á par
Su ciencia aprovechan,
Y todos están
En que hay de aquel hombre
En la gravedad
De su faz tranquila
Y noble ademán
Un sello de oculta
Superioridad.
El mozo mas rico,
O altivo, ó audáz,
No supo á su hija
Amante llegar.
Aquella belleza
Que cubre el sayal
De moza villana
Como á las demás
Zagalas que habitan

El mismo lugar:
Aquella muchacha
Que puede á lo mas
A pobre heredera
De un pueblo igualar,
De quien á las otras
Diferencia no hay
Si no en que posee
Un campo herial
Y un viejo palacio
A medio arruinar;
Tiene en la expresión
De su bella faz,
En su aire de cándido
Pudor virginal,
Y en todo su porte,
Cierta magestad
Que asaz la distingue
Del tono vulgar
De la gracia fosca
Que en lo general
De las mas opuestas
Mozas de lugar,
Salvages contornos
Presta á la beldad.
Y acaso no hay una
Que á solas, y allá
En su alma, de aquella
Belleza ideal,
No halle alguna falta
De que murmurar.
Mas no habrá ninguna
Que á rivalizar
Se atreva con ella;
Ni alguna osará
De la Flor-del-Alba
Suponerse igual.
No hay una que honrada
No se crea asaz
Si de deferencia
Alguna señal,
De la hermosa niña
Consigue alcanzar

Por mucho que de ella
Murmuren detrás.
Por mas que la quieran
Defectos buscar;
Y altiva la juzguen,
Y de vanidad
La culpen, no hay una
Que si ante el umbral
Del viejo palacio
Acierta á pasar
Y allí Flor-del-Alba
Por acaso está,
No cambie con ella
Saludo cordial,
Y amable sonrisa,
Que quiera indicar,
Que tiene la niña
Con ella amistad.
Y así en el aldea
Pasándose van
Los días de mayo:
Y así en soledad
El padre y la hija
El débil torzal
De la vida humana
Hilan sin cesar;
Dichosos gozando
La felicidad
De aldeanos, que viven
Sin oro ni afán.
Mas qué humana vista
Puede penetrar
Por un muro espeso
Cual por un cristal?
¿Quién ver lo que dentro
Se puede encerrar
De aquel edificio
De cuyo portal
Ninguno del pueblo
Podido ha pasar
Ni mas que de fuera
Lo ha visto jamás?

(Continuará.)

Las arengas.

Luis XIII decía, que las arengas que le habian obligado á oír sus súbditos, le habian hecho encanecer antes de tiempo.

¿Qué es hermosura? ¿Qué es belleza?

Para definir la idea fundamental de estas dos voces, seria forzoso recurrir á la oscuridad de las ideas metafísicas, que en lugar de aclarar lo que se quiere definir, lo envuelven en nuevas dificultades. Ninguna de las definiciones que se han dado de la belleza pueden satisfacer á todos los hombres, porque los juicios que sobre ella formamos dependen del temple particular, del carácter, y de las inclinaciones de cada uno. Así pues, remitiéndonos en cuanto á la esencia de lo bello y de lo hermoso al resultado de las sensaciones que cada cual experimenta, fijemos los límites que separan las dos voces. Esta diferencia pende mas bien de la aplicación que de ellas se hace, que de la idea primitiva que representan.

La hermosura es el objeto de deseo: la belleza lo es del gusto. Aquella conmueve nuestros sentidos; inflama nuestra imaginación, y nos atrae con un encanto irresistible. Esta escita el aplauso, satisface y contenta nuestra alma, y pone en movimiento nuestras meditaciones. La hermosura produce impresiones mas vagas, mas rápidas que la belleza: la belleza pide mas examen, y su contemplación nos deja en un estado mas tranquilo que la hermosura. Caracterizamos un objeto de hermoso por cierta especie de instinto que no es dado al hombre moderar en su nacimiento; pero no damos el nombre de bello sino al objeto en que notamos una conformidad, mas ó menos exacta, con los principios que profesamos y los modelos que hemos forjado en nuestra imaginación. La belleza es mas artística que la hermosura; estriva en teorías mas fijas, y observa reglas mas seguras. Cuando se dice que un edificio es hermoso, se indica la im-

presión del conjunto, sin considerar las partes que lo componen; cuando se dice que es bello se juzga la obra del arte, la sabiduría del plan, el mérito de la ejecución.

GEROGLIFICO.

